

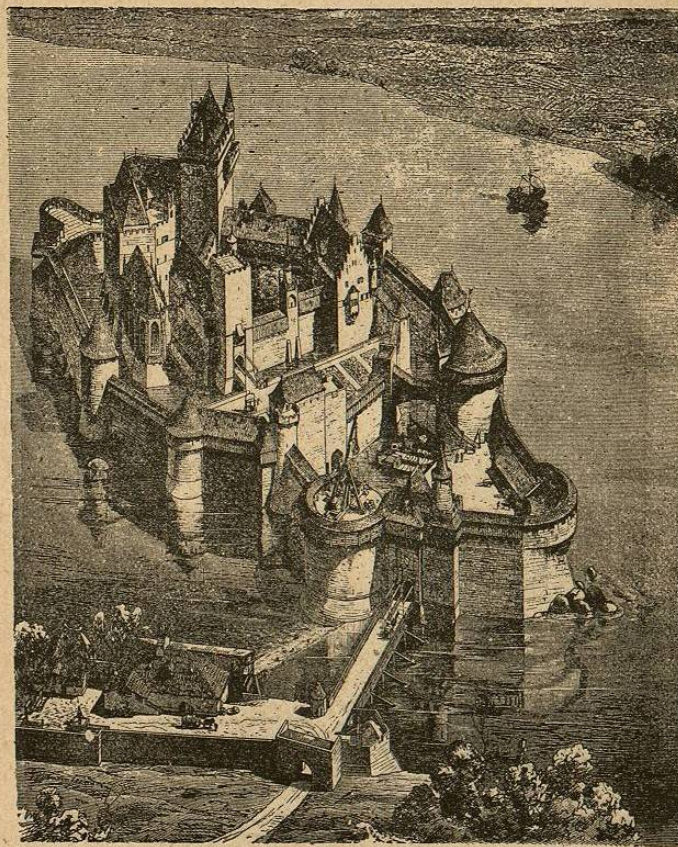
VI.

El castillo caballeresco.

Las *familias* (hidalgos urbanos) de las ciudades alemanas han empezado solamente en el siglo XIII, á dar un aspecto más vistoso á sus cortes ó *asientos*, sustituyendo la construcción de maderas y barro con la de piedra; mas la nobleza rural había tenido que pensar mucho antes de la construcción de sólidos domicilios según lo permitía su fortuna ó exigía su rango. La diferencia principal en la edificación de los castillos dependía naturalmente de las condiciones del terreno; por esto en la Alemania central y meridional, rica de montañas y colinas, construíanse *castillos altos*, mientras que en los llanos y las dehesas de la Alemania septentrional predominaban los *castillos acuáticos*. En los primeros aprovechábanse para fines de fortificación las alturas escarpadas y las peñas, y en los segundos la proximidad de un río, lago ó pantano. A esta diferencia local de las moradas caballerescas, agregábase otra social no ménos importante, pues formaba el núcleo de todo castillo, una torre de vigía maciza llamada *paz de montaña* (Berfredus) porque ofrecía á los habitantes un último refugio en los peligros de asalto; pero mientras que en los castillos distinguidos del berfredo ó atalaya era solamente una parte del castillo, muchos castillos de simples caballeros constaban solamente de tal torre y una muralla de recinto. La vida en semejantes *castillos-establos*, sobre todo en las comarcas apartadas, fué bastante pobre y solitaria durante toda la Edad media, diferenciándose poco del modo de vivir de los colonos tributarios del castillo. En el curso ordinario de las cosas nada venía á suavizar la vida en esos espacios estrechos, lóbregos, pobremente amueblados, donde las mujeres arrastraban una existencia monótona y penosa, llevando la carga de los cuidados domésticos y de la educación de los hijos, mientras que á los señores castellanos no dejaban de ofrecerles cierta variedad y distracción la caza y la guerra privada, así como el trato con los vecinos y las visitas á los hospitalarios conventos.

Muy diferente presentábase la caballería en los *castillos-palacios* de los grandes barones, de los príncipes, obispos y abades. Naturalmente las condiciones locales determinaban también la disposición fundamental de tales castillos, como las condiciones de fortuna y poderío de sus poseedores decidían de la mayor ó menor extensión de la obra, de la suntuosidad del material y de las gradaciones de la magnificencia del arreglo interior. A pesar de todo esto, llegó á formarse un estilo arquitectónico cuyas formas fundamentales se repetían en la construcción de todo castillo y según las cuales las disposiciones de un castillo de primera clase eran siempre las siguientes: el recinto

exterior consistía en una muralla de circuito, llamada las almenas, y en la que había una puerta grande llamada puerta exterior y generalmente protegida por dos torreones, y cuya puerta conducía al patio ó *corral*, llamado



CASTILLO ACUÁTICO.

así por hallarse en él las cuadras, los depósitos de forrajes y los graneros. El corral estaba separado por un foso profundo del castillo propiamente dicho, al que daba acceso un puente levadizo, puente que era sustituido por una barca en los castillos acuáticos. Al otro extremo del puente había una puerta de entrada que podía cerrarse bajando el rastrillo; la parte de la muralla sobre esta puerta llamábase la cabrestantía, porque allí se hallaban ocultos los cabrestantes que servían para subir y bajar el puente levadizo y el rastrillo.

llo. Esta cabrestantía prolongábase á derecha y á izquierda formando una azotea que corría al rededor del castillo y se llamaba el baluarte. Detrás de la puerta del puente se hacía una plaza, el verdadero patio del castillo, llamado también patio de honor y adornado con céspedes, bancales de flores, una fuente y un tilo, árbol favorito de los alemanes, calificándole de tal tanto la poesía cortesana como la popular; formaban los lados de este patio las



PATIO DE HONOR DE UN CASTILLO PALACIO.

varias partes del castillo, cuales eran la capilla, la cocina, la bodega, la atalaya y el palacio ó casa de los señores, porque servía de habitación al mismo tiempo que de pieza de gala, conteniendo una sala grande ó salón, como diríamos hoy, y varios aposentos. En las fiestas, las paredes de la sala se guarnecían con tapices tejidos, el suelo se cubría de alfombras y flores y sobre los bancos al rededor de las paredes se colocaban cojines y almohado-

nes. El mueblaje naturalmente se hacía más variado y elegante á medida que la civilización progresaba; por punto general, empero, los muebles de las casas ricas eran de madera dura hechos con más miras de duración que de elegancia aun en los últimos tiempos de la Edad media. Como piezas de lujo encontrábase sillones de arce elegantemente esculpidos y torneados y muéllamente tapizados; también las mesas, sillas, bancos y baules estaban lujosamente esculpidos. La cama (una de las mejores invenciones de la civilización humana) era todavía muy sencilla en el siglo XII, como se ve por los grabados del *Hortus deliciarum* de la famosa abadesa de Hohenburgo de Alsacia, Herrada de Lansberg (murió en 1195). El armazón que descansa sobre cuatro piés bastos no tiene más que cabecera; la cama misma consta de un colchón envuelto en una sábana blanca ó de color y de una pequeña almohada cuadrangular. Al acostarse se guardaba puesta la túnica, sirviendo de cubierta la capa. Volfran de Eschenbach en su *Parstival* ha descrito una cama de lujo del siglo XIII. Constaba esta cama de un colchón grande, revestido de terciopelo y cubierto de dos sábanas blanquísimas, y de otro más pequeño revestido de brocado de seda y arrimado al espaldar de aquélla. Sobre éste último había la almohada revestida de lienzo y una capa orlada de armiño servía de manta. Exactamente en la misma medida que la cama se hacía más cómoda y más caliente, simplificábase el traje de dormir y del siglo XIII al XV los caballeros y las damas se acostaban en cueros.

Prescindiendo de la gran sala de convites y fiestas, las piezas de los departamentos de hombres de los castillos eran generalmente pequeñas, bajas, con las paredes blanqueadas ó con entrepaños de madera. El cuarto de mujeres hallábase ó en el palacio mismo ó en un edificio contiguo. Todo el espacio destinado á ellas llamábase la *kemenate* y estaba dividido en tres aposentos, la habitación de la familia, que era al mismo tiempo el dormitorio de la señora, el dormitorio de las criadas y finalmente el taller donde la señora con la servidumbre femenina se dedicaban á los varios trabajos inherentes á su deber de cuidar de los vestidos de todos los habitantes de la casa, pues todavía en los siglos XII y XIII las princesas mismas cumplían ese deber en toda regla, de lo cual tenemos un testimonio en la aventura sexta del canto de los nibelungos donde se dice: *Entonces el rey gunter mandó decir á su hermana que él y Sigfrido querían hacerle una visita. La doncella recibió á los caballeros con modestia y preguntó qué deseaban. Dijo gunter: Queremos viajar por tierra extranjera y necesitamos de vestidos decentes. Entonces la noble princesa cojió á los dos héroes de la mano y los llevó á un rico asiento tapizado y cuando estuvieron sentados á su lado dijo el rey: Querida hermana, tú nos has de ayudar; nosotros queremos ir en busca de aventuras al país de Brunilda y es preciso que nos presentemos con elegancia ante la señora; para esto proporcionanos á mí y á Sigfrido, á Dankwart y á Hagen tres trajes para que no tengamos que avergonzarnos en la corte de Brunilda. Contestó Krimilda: haré por vosotros lo que pueda. Despidiéronse los caballeros y la hermosa reina convocó en su kemenate á treinta de sus criadas, las más aptas para la obra. En blanquísima seda de Arabia*

y en verde trébol de Zazamank bordaron preciosa pedrería. Con propia mano cortó la augusta Krimhilda los trajes en cuya labor no perdonó oro ni armiño. En siete semanas las encantadoras doncellas acabaron la difícil tarea..... Los géneros para vestido se multiplicaron y refinaron extraordinariamente á partir del siglo XII, porque la importación de Italia y España, de Bizancio y Asia estimulaba también la industria del país á una emulación de inventiva y perfeccionamiento. Ambos sexos vestíanse de lienzo, lana y seda. El lienzo más preciado procedía de los telares bizantinos; había tejidos de seda y de lana de varios colores y calidades. El gran consumo de peletería



KRIMHILDA EN MEDIO DE SUS DONCELLAS.

era sufragado por los animales de caza de las selvas germánicas que albergaban además del zorro, lobo y oso, el cebellino y la marta, mientras que el castor construía sus aldeas en los torrentes silvestres.

Volviendo por un momento á la construcción de los castillos, añadiremos que sólo en la segunda mitad del siglo XIV y en el XV su arquitectura llegó á la perfección, encontrándose en los países alemanes gran número de castillos-palacios, de proyectos grandiosos, ejecución artística y dotación opulenta. Uno de los más importantes era el de Alberto de Meisen, construido entre los años 1471 y 1483. Pero la realización del ideal de un castillo y, sin duda, una de las creaciones arquitectónicas más grandiosas y más perfectas de la Edad media, era el castillo de la orden teutónica, Marienburgo, en la Prusia occidental, terminado en 1385, en el cual el gran maestre tenía su corte, mez-

cla singular de caballería y frailería; pero solamente á fines del siglo XV la habitabilidad y comodidad en el interior de los castillos empezaba á corresponder á la solidez y grandiosidad del exterior. Hasta entonces había sido imposible, aun para personas acomodadas, y era considerado como lujo exorbitante de la gente rica el tener cristales en las ventanas como también los aparatos de calefacción, bastos é insuficientes, se perfeccionaron convirtiéndose en estufas que podían ser ó dejar de ser visibles y eran capaces de calentar las habitaciones agradablemente. Pero sabido es que en nuestro clima irónicamente llamado *templado* una vida digna de un ser humano es imposible sin ventanas que cierren bien y sin buenas estufas.

Con todo, á pesar de las objeciones que, acostumbrados á las comodidades modernas, hagamos contra las viviendas del mundo romántico caballeresco, hemos de confesar que aquel mundo sabía arreglarse de modo que la carga de la vida no le pesara más que á nosotros, disfrutando al contrario más franca y alegremente de los goces de la vida. Lo que le contenía y le mantenía sano á despecho de todos los excesos era la indeleble afición á la familia que ha servido de guarda y de apoyo al pueblo alemán en las contingencias más azarosas de sus destinos. A una mujer alemana no podemos figurárnosla sinó como á buena madre, y en efecto, en la Edad media las madres alemanas, aun las de más alta posición, se deleitaban y se honraban en criar ellas mismas á sus hijos. El gran Wolfran con la gracia é ingenuidad que le caracteriza, nos ha descrito cómo la reina Angustia, recordando como María, la suprema Reina ofrecía sus pechos á Jesús, daba de mamar á su hijo recién nacido, Parsival: *La reina sin vacilar sacó la mancha roja-oscura, el pezón de su pechecito, y se lo introdujo en la boquita, queriendo ella misma serle nodriza, ya que le había llevado en su casto regazo; criole con el pecho ignorante de toda falsedad.* Por el contemporáneo de Wolfran, Godofredo de Estrasburgo, sabemos que se solía bautizar á los niños á las seis semanas después de su nacimiento, llevándolos las madres mismas á la iglesia: *La señora, restablecida del parto y según el precepto, debía ir á la iglesia con su hijo, habiendo pasado las seis semanas; lo tomó en brazos y lo llevó ella misma cariñosamente á la casa de Dios como era costumbre, y cuando cristianamente se había encaminado hácia el altar con sacrificios y plegarias y acompañada de espléndida servidumbre, se le preparó al infante el santo bautismo para que recibiera en nombre de Dios el signo del cristianismo. Cuando estuvo preparado lo que es uso y costumbre en el bautizo, presentose el cura y preguntó cuál había de ser el nombre del niño.* Si se trataba de una hembra escogíase generalmente un nombre nacional alemán, como Adelaida, Berta, Diemut, Edelinda, Guta, Gertrudis; Hacia, Hedvig, Ema, Heilvig, Hildegarda, Hildegunda, Cunigunda, Matilde, Megtilde, Rigiza, Relinda. Pero ya á partir del siglo VIII pusieronse cada vez más de moda los nombres extraños tomados del santoral cristiano: en el siglo XII predominaban todavía los nombres nacionales, desde el XIII los extranjeros; las canciones amorosas de este siglo nos han trasmitido también algunos nombres muy característicos de mujeres, usuales en las aldeas, encomiásticos

los unos y vituperantes los otros; á la primera clase pertenecen Angel, Alegria, Cariño, Amor, Rosa, Delicias; á la segunda Cabra, Lirizo, Pure, Hene, Mare, Mere.

La primera aducción de las niñas en la sociedad cortesana incumbía naturalmente á las madres, haciéndose después la ampliación ó en la casa paterna ó en los conventos ó bien en la corte de algún príncipe amigo. En los conventos bien gobernados una profesora presidía la enseñanza de las alumnas y en las cortes de los príncipes funcionaba para los mismos fines una *maestra*. Todavía en el siglo XII la educación de las niñas parece limitábase á la enseñanza de labores y habilidades de economía doméstica. Más tarde, cuando las tijeras y agujas de las madres de familia no bastaban ya para surtirla de los vestidos lujosos que reclamaba la moda siempre variable, encargándose los sastres y las modistas de profesión de la tarea de proveer los vestidos las mujeres y las niñas *del mundo*, tenían más tiempo para cultivar también su espíritu, instruyéndose entonces en las artes clericales, es decir, en la lectura y escritura, en las que superaban á los hombres de su categoría, entre los que dichas artes eran tan raras, que un poeta tan grande como Wolfran de Eschenbach y un versificador tan locuaz como Ulrich de Lichtenstein no sabían leer ni escribir. Este último, á quien hemos calificado y caracterizado de Don Quijote alemán en nuestra *Historia de civilización y costumbres alemanas*, nos describe en sus memorias versificadas (*El servicio de las mujeres*) su cómica situación cuando tuvo que dejar diez días sin leer un *librito*, es decir, una carta amorosa, en verso, que había recibido de su *amada* porque casualmente su lector y escribiente se había ausentado. Así como el mundo cortesano-caballeresco consideraba á la mujer como su centro y la veneraba al ménos en teoría como su sol, así mismo la mujer era el polo al rededor del cual giraba la poesía cortesana. Por este motivo ha sido natural y justo que las mujeres se distinguieran como protectoras y favorecedoras de la literatura y hemos de figurarnos que en las mesas de sus *kemenátes* hallábanse reunidos los libritos elegantemente escritos y pintados de las canciones de los trovadores, así como los pesados volúmenes en pergamino en cuyas fojas estaban apuntados los cantos de los trabajos de los nibelungos, del *Iwein* de Hartman, del *Parsival* de Wolfran y del *Tristán* de Godofredo. Las señoras y señoritas bien educadas estaban versadas en el cantar y declamar, es decir, en el cantar con acompañamiento de guitarra ó arpa las poesías líricas y en el leer prosódicamente los cantos épicos. De las jóvenes cultas exigíase cierta destreza en las labores elegantes, habilidad en el leer y escribir, el cantar y el tocar, así como el conocimiento de una ú otra lengua extranjera. Las mujeres de más pretensiones no se contentaban con esto, sinó que adquirían cierta universalidad del saber hasta donde esto era posible en la Edad media. Las mujeres más sobresalientes en este concepto vivían en los conventos, como por ejemplo la ingeniosa abadesa Hildegarda, conocida más tarde, que desde su celda del monte Ruperto cerca de Bingen ejercía en su época una influencia tan poderosa como la que antiguamente ejercía Veleda sobre los suyos. Había un soplo de panteísmo en esa

vate que correspondía con papas y reyes y que fué recibida por Federico Barbaroja en su palacio de Ingelheim cual sér superior y escuchada atentamente cuando le amonestaba á ejercer justicia y á cumplir su deber como soberano supremo de la cristiandad. Diez y seis años después de Hildegarda murió la abadesa de Hohenburgo Herrada de Lansberg, discípula y sucesora de la docta Kelindis. Herrada era una excelente superiora é incontestablemente la mujer de cultura más variada de su tiempo, como prueba su *Huerto de las delicias* escrito en latín, cuyo precioso manuscrito se quemó desgraciadamente en el bombardeo de Estrasburgo en 1870. El libro era una especie de enciclopedia para monjas á las que trataba de enseñar lo que entonces se consideraba digno de saber en astronomía, geografía, filosofía, teología, historia del universo y de la Iglesia, así como en las artes. Herrada no era solamente docta, sinó también poetiza, y entre los signos latinos que compuso para sus monjitas (virgencitas) de Hohenburgo, hay unos cuantos que no son malos. También fué pintora la buena abadesa, ilustrando ella misma su libro tan abundantemente, que era una fuente principal de la historia de las costumbres alemanas del siglo XII.

Las poesías cortesanas abundan en descripciones de la belleza femenina, llegando á veces al límite de lo posible en la pintura y el elogio de ciertos encantos, pues la sensualidad tenía en los románticos antiguos un papel tan grande, que se nota muy poco del cacareado espiritualismo cristiano; también con respecto al vestido de las mujeres instruyennos exactamente los poetas de entonces, y así sabemos que el traje femenino constaba de cuatro prendas principales: la camisa, las enaguas, el vestido y la capa. En el siglo XIII el célebre Fray Bertoldo y otros predicadores dirigían filípicas vehementes contra el lujo y la indecencia de las modas femeninas. Las damas de moda entendían perfectamente las artes de los afeites, pinturas, tintes, rellenamientos y demás artificios de tocador como hoy y llevaban postizos los cabellos, los pechos y las caderas exactamente como en nuestros días. Vamos á rogar al maestro Godofredo de Estrasburgo, como el más experto de los expertos, que nos presente de gala á su rubia Isolde como á realización del ideal de dama cortesana en el aspecto y la actitud. El poeta cumple nuestro deseo en aquel pasaje de su gran poema, en que la reina Isot y su hija la *cachonda joven Isolde* son presentadas á Tristán, caracterizando el poeta muy finamente la diferencia de la actitud de madre y de hija, el diferente comportamiento de la señora y señorita cortesanas. Con lijereza y seguridad camina Isolde al lado de su madre, de formas hermosas, esbelta y elástica *como si el amor la hubiese tornado para sí mismo por juguete y objeto de los deseos*. Su vestido y manto eran de terciopelo castaño, estando el vestido *estrechado y guarnecido de flecos* en ambos costados hasta las caderas y *apretado* al cuerpo mediante un cinturón que estaba exactamente *donde ha de estar*. El vestido *adoptábase pues á los miembros lisamente de arriba abajo en todas partes* ensanchándose alrededor de las piernas en abundantes pliegues. El manto estaba forrado *todo á través* de tiras de armiño y tenía la orla de cebellino salpicado de ceniciento; mediante un lazo de perlas estaba sujetado en el pecho el broche

en el cual la jóven tenía puesto el pulgar de la mano izquierda. Con el pulgar é índice de la mano derecha sujetaba el manto más abajo, de modo que formara ricos pliegues alrededor de los piés, ostentando su forro de seda y su orla de rica peletería. En la cabeza llevaba la princesa un aro estrecho de oro, tachonado de esmeraldas y rubíes y revelado solamente por el brillo de las piedras porque sin ellas el metal no habría podido distinguirse de la rica cabellera dorada. Alegre y desenfadada caminaba Isolde al lado de su madre con porte grave y paso ni corto ni largo; andando derecha y franca parecida al gavián y lisa como un papagallo. Como un halcón en su rama giraba los ojos tranquila y fijamente y no había nadie presente á quien los dos espejos no hubiesen parecido dulces maravillas. El resplandor de su belleza difundíase por la sala cual delicioso rayo de sol. De diferente manera ofrecían su saludo á los presentes la madre y la hija mientras atravesaron juntas la sala; la reina saludaba con palabras, la princesa con inclinación muda; la madre hablaba, la hija callaba.

Aquí tenemos, pues, (añadiendo que la rubia Isolde sabía además de su propio idioma el francés y el latín, leer y escribir, cantar muchas melodías, tocar la guitarra y el arpa, componer poesías y contar cuentos y consejas) una jóven modelo en la cual la cortesana *morálitas*, es decir, el *arte que enseña las bellas costumbres* había dado buenos resultados. Esta *morálitas* es completada y profundizada en el conocido poema didáctico del siglo XIII, titulado: *el Vinsbecke y la Vinsbeckin*, en el cual la madre instruye á su hija de la siguiente manera: *Querida niña, magnánima has de ser y recatada has de vivir. Entonces tu fama será fina y la corona de doncella te sentará bien. A quien se debe honrar, le harás un saludo honesto y suave y procurarás que tus ojos no echen miradas altivas ni deshonestas. El pudor y la modestia son las dos virtudes mediante las cuales las mujeres alcanzamos grande estima.* La palabra significativa *moderación* (medida) se repite á cada paso en los grandes pensadores y poetas alemanes de la Edad media; Gualtero de la Fogelweide, dice: *La fuente primera de todo lo bueno es la aspiración á la medida conveniente* y él invoca á la *señora medida* que le dé su consejo. Godofredo de Estrasburgo por su parte encomia *la medida* como la perfección femenina: *De todas las cosas de ese mundo que la luz del sol alumbrá no hay ninguna tan grata como la mujer que constantemente abandona su cida, su cuerpo y sus costumbres á la medida.*

La educación de los niños varones tendía desde el principio á la apropiación de habilidades caballerescas y de costumbres cortesananas, mientras que las *artes clericales*, es decir, toda cultura intelectual superior quedaba descuidada ó se dejaba á la iniciativa individual, á no ser que los hijos de las casas nobles, especialmente los menores, se destinasen desde su niñez á pertenecer al clero, en cuyo caso, muy frecuente por cierto, la instrucción eclesiástica empezaba muy pronto. En el séptimo año de su vida pasaba el niño del departamento de las mujeres al círculo de los hombres, y cuando el padre mismo no se encargaba de la educación de su hijo, éste recibía un ayo ó *maestro de disciplina* ó se le entregaba á un caballero amigo para que lo educara, ó

en fin, se le llevaba á la corte de un príncipe para educarlo en compañía de otros niños de la misma edad y posición. Lo principal para los *señoritos* era naturalmente los ejercicios corporales, la instrucción en las artes de la caza, del torneo y de la guerra; pero también se les instruía en la doctrina cristiana, en la urbanidad cortesana, en el canto y en el arte de tocar el arpa, guitarra y violín. También procurábase ofrecer á los jóvenes la ocasión de aprender idiomas extranjeros, porque el viajar por países extraños era considerado como medio de instrucción. Una buena parte de esta educación caballerescas era el procurar que á los jóvenes y á los niños las relaciones sexuales se presentaran con un carácter verdaderamente ideal y que consideraran *el culto de la mujer* como un deber imprescindible de todo cortesano y verdadero caballero. Ulrico de Lichtenstein, quien en 1222 fué armado caballero por el duque Leopoldo el glorioso y más tarde exageraba la romántica caballerescas hasta la locura, refiere: *Cuando era chiquillo oía muchísimas veces leer y decir, que nadie podía adquirir verdadera dignidad y honor sin estar dispuesto á servir incondicionalmente á las buenas mujeres* y el *Vinsbecke* presenta á un padre que da á su hijo el consejo siguiente: *Hijo, si quieres adornar tu cuerpo para que sea enemigo del desorden, honra y ama á las buenas mujeres; todos los pesares ahuyentan con su virtud, ellas son el tronco delicioso del que hemos nacido todos. No tiene vergüenza ni verdadero pudor el que no las elogia, por esto hay que contarle entre los tontos aunque tenga el talento de Salomón.*

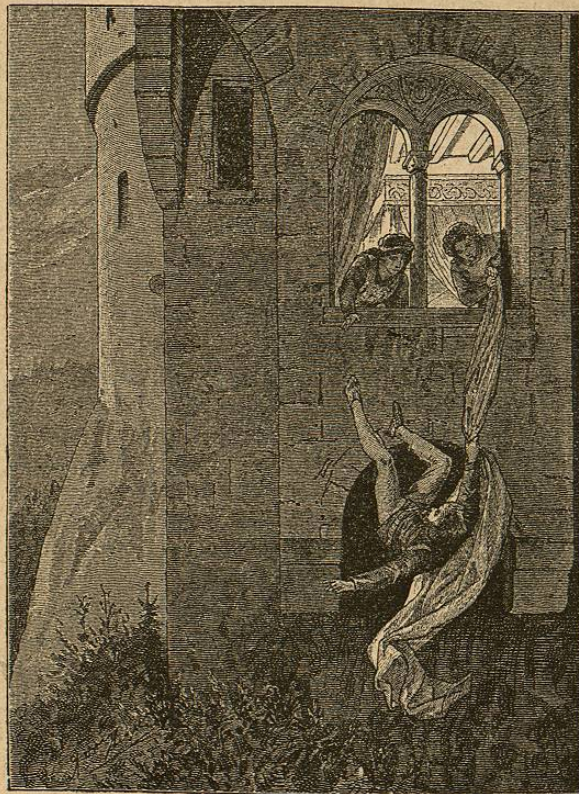
A los catorce años considerábase terminada la instrucción del *señorito* en la *cortesanía*, la cual no era simplemente una doctrina del porte exterior, sino que comprendía la enseñanza de los deberes formales. Entonces el jóven era capaz de llevar las armas y hacía un curso práctico en el servicio de un caballero en calidad de escudero. Su aprendizaje escuderial proporcionábale experiencia guerrera y enseñábale á conocer el mundo y los hombres, sobre todo cuando acompañando á su caballero á la *Tierra santa* ó la tierra de los *gentiles prusianos* ó á Italia en alguna expedición imperial á Roma, ofrecíale ocasión de probar la bondad de su cabeza y de su mano y algunas veces iniciarse en los negocios del Estado y en los secretos de la corte. Después de pasar este tiempo de prueba ingresaba en las caballerías en la primera ocasión propicia, recibiendo el espaldarazo en forma sencilla antes de una batalla ó después de ganada la victoria y en forma solemne en las grandes fiestas cortesananas ó eclesiásticas. En este último caso el escudero había de prepararse debidamente mediante la *vela de las armas*, durante la noche, en una iglesia ó capilla, así como mediante la confesión y comunión. Hecho esto, un sacerdote entregaba la espada de caballero al neófito arrodillado delante del altar y revestido de un manto blanco. Después de esto había de prestar juramento de caballero ante una reunión de caballeros y damas, prometiendo proteger á la Iglesia, ser leal y obediente para con su superior feudal, no emprender ninguna lucha injusta, amparar á las viudas y huérfanos y respetar á las mujeres. Habiendo hecho estos votos le ponían la coraza, el espaldar, los brazales y las musleras, ligadas á los talones las doradas es-

puelas, ceñida la espada, y armado de esta manera recibía hincado de rodillas de mano de un caballero los espaldarazos, es decir, tres golpes dados en la espalda con espada de plano. Finalmente entregábase al novel caballero el yelmo, el escudo y la lanza y se le presentaba el corcel sobre el cual había de subir completamente armado y sin tocar el estribo, mostrando luego sus habilidades de jinete. El sentido moral de la ceremonia se halla indicado en el pasaje de Godofredo en que describe perfectamente el acaballamiento de Tristán, diciendo el viejo Marke á su sobrino: *Ahora que tu espada está bendecida y eres caballero, medita los deberes de caballero y ten presente siempre quien eres, tu nacimiento y tu nobleza. Sé humilde y sin embuste; sé verdadero, modesto y ordenado; sé siempre bueno con los pobres y fiero con los ricos, adorna y aprecia tu cuerpo, respeta y ampara á toda mujer, sé benigno y fiel al mundo, tu dulzura y fidelidad sean siempre nuevas.*

La obligación más apremiante del novel caballero, era elegir señora ó dama á una doncella ó mujer casada para dedicarle su culto amoroso conforme á todas las reglas de la cortesanía. Hay que hacer constar que ese culto de ninguna manera solía quedar en los límites de una adoración platónica, sinó que aspiraba á una recompensa amorosa muy positiva, lo que confirman numerosos ejemplos de la literatura alemana de la Edad media. Hasta en el *Parzival* del serio y casto Wolfran parece las más de las veces liviana la relación de los dos sexos; en cambio el mismo Wolfran ha erigido un monumento bellísimo al amor puro en su *Titirel*, del que no tenemos más que fragmentos. Magníficas son las estrofas en que describe el despertar del amor en los corazones del joven Schionatulander y de la virginal Siguna, y los deseos que los enlazan mutuamente. Pocos pasajes de Homero, Shakespeare y Goethe igualan en ternura, dulzura y naturalidad esa revelación de genuinísima poesía. En cambio, toda la frivolidad del culto caballeresco del amor se presenta con ostentación presumida en las memorias de Ulrico de Lichtenstein, el mencionado Don Quijote alemán, quien á pesar de ser hombre casado buscaba en servicio de otra mujer, su señora, las aventuras más locas, volviendo á su legítima esposa solamente cuando herido ó al ménos vapuleado de lo lindo, necesitaba de sus cuidados. El *Culto de la mujer* de Ulrico demuestra que la romántica caballeresca se convertía á veces en positiva locura; el libro demuestra también con cuán poca compasión las sensatas señoras tratan muchas veces á sus locos servidores amorosos. La broma peligrosa que la dama de Ulrico se permitió con el pobre adorador cuando este creía que por fin había llegado la hora de recibir la recompensa de amor, pertenece á las jugadas más chuscas de la Edad media.

Un amante en toda regla debía manifestar á las gentes hasta en la elección de los colores de su traje, el punto en que se hallaban sus relaciones con su dama; pues los diferentes colores simbolizaban los diversos actos del drama amoroso. Tenemos una poesía en alemán alto-medio sobre los colores, en la cual la amada se queja amargamente de que su caballero vestía de amarillo, pues el amarillo era como quien dice el certificado de haber recibido debidamente el oro de la recompensa amorosa. Por lo demás las modas cambiaban

poco en el traje de los hombres como en el de las mujeres, quedando constantes hasta la importación del llamado traje español de los siglos xv y xvi, solamente las tres prendas principales del traje masculino, el pantalón, la túnica y la capa. Los vestidos festonados y hendidos eran rarezas que for-



LA AVENTURA GRANDE DE ULRICO DE LICHTENSTEIN.

maban la transición á las rarezas aun más grandes de los calzones anchos y mangas anchas. A fines del siglo xii encontramos la moda caballeresca de llevar bordado, en una ó más partes del vestido, el animal emblemático de la familia. A partir del siglo xiii introdujose un gran lujo de bonetes, sombreros y calzado como naturalmente también de armas ricamente adornadas. Locuras de moda eran los zapatos de pico, introducidos en el siglo xi y continuados hasta el xv, y el traje de cascabeles que en aquel siglo xv en figura de